

pero no tuvo jamás importancia comparable a la de Tiro o de Babilonia. Aunque la igual de esta última ciudad por la fecundidad de sus campiñas menores, no obstante su extensión, no podía compararse con la metrópoli de la Mesopotamia ni con la gran ciudad comerciante de la costa fenicia, por la situación central y preponderancia como foco de comercio internacional.

Paralelamente a las cadenas de montañas que se perfilan de Norte a Sud, se desarrolla el litoral sirio, con sus bahías en hemiciclo formadas por las salidas de cadenas laterales. La ribera marítima toma una regularidad geométrica solamente al Sud del monte Carmelo: a partir de este límite que domina a lo lejos el mar, se despliega en un arco de círculo perfecto, excepto la ligera escotadura de Jaffa, la larga playa que termina por su extremidad sud-occidental en los aluviones del delta nilótico. Esta costa, que parece trazada a compás por las olas del mar en una curva definitiva, casi inaccesible a los barcos antes que el arte hubiese mejorado sus raras escalas, forma el ángulo sud-oriental del Mediterráneo, uniendo así el litoral de Asia al del continente africano. En este punto se manifiesta una especie de discordancia en los rasgos geográficos de la comarca; en tanto que en la Siria del Norte las aristas de las montañas y las depresiones intermediarias recorridas por los ríos y la costa del mar, están dispuestas en líneas paralelas, esos rasgos son divergentes en la Siria del Sud; por un lado, la quebradura por donde corre el Jordán se abre directamente al Sud hacia el mar Muerto y el golfo de Akabah, por el otro la playa mediterránea se redondea hacia el Sudoeste, después la dirección franca del Occidente.

Las escalas de comercio han variado mucho en importancia relativa a lo largo de la costa fenicia, según los cambios de lugar de potencia que se produjeron en el interior del continente asiático: de Norte a Sud se hacía una oscilación sobre el litoral, paralela al ritmo de los cambios políticos y sociales que se cumplían entre la parte superior e inferior de la Mesopotamia.

Si es verdad, como parece probable, que la casta de los mercaderes fenicios primitivamente establecida en una isla pérsica, la antigua Tylos, se haya dirigido hacia el Mediterráneo con la



De una fotografía.

INSCRIPCIÓN DE NABUCODONOSOR SOBRE LAS RIBERAS DEL NAHR
EL KELB, EL ANTIGUO LYCUS



BAALBEK, CÚPULA DE DURIS, QUE DATA DE LA ÉPOCA ROMANA

De una fotografía.

civilización misma, los emigrantes debieron seguir la vía histórica del Eufrates, y, por consiguiente, abordar el litoral sirio por la parte del lado opuesto del país de los Hititas, cerca del punto donde se halla la isla de Arvad; la ocupación de la costa debió hacerse gradualmente por vía de conquista, de rechazo o de lenta asimilación. Los elementos étnicos descendidos del Líbano participaron también en la fundación de la potencia fenicia, como nos lo muestra el origen de Byblos, descubierta por su nombre asirio «ciudad de los Montañeses». Quizá esos «Cre-tenses» o Filisteos, que, cuando el establecimiento de los Hebreos en el país de Canaán, se habían aglomerado sobre la orilla del mar, al Oeste de Jerusalén, fueron los primeros ocupantes de la costa de Siria; otras inducciones les suponen, no obstante, procedentes de Egipto en una época relativamente reciente¹.

¹ G. Maspero, *Histoire ancienne des Peuples de l'Orient*, ps. 312, 313.

Muchos eran los puntos del litoral fenicio donde los marinos y los negociantes podían encontrar las mismas ventajas, a la vez para el medio local y para las relaciones lejanas. De distancia en distancia se ensancha la estrecha banda de tierras cultivables en la confluencia, de los valles fértiles dominados por terrazas cubiertas de verdura; brotan manantiales en la base de los montes, y los arroyos se dividen en canales distribuidos por los ribereños para el riego de sus jardines; bahías en semicírculo ofrecen sus playas a los barcos, y en algunos puntos las ruinas de un antiguo litoral hundido forman un rompeolas de islotes y de escollos que protegen los grandes barcos contra los vientos de fuera.

Establécese cierto ritmo natural de equidistancia entre esas escotaduras de la costa; quizá las conveniencias de los viajeros, la medida de sus pasos, de sus golpes de remo entraron por algo en ese emplazamiento regular de los puertos escogidos sobre el litoral; porque en diversos sitios se hubiera podido vacilar entre calas igualmente favorables. Por término medio, esos puertos están distantes unos de otros una jornada de marcha o de navegación al remo: el peatón y el marinero que habían hecho la jornada, podían reposar en la escala tradicional, cerca de las barcas extraídas del agua por medio de rodillos a la arena de las playas¹.

En la época en que la isla de Arvad o del «Refugio» sostenía una próspera ciudad fenicia sobre su estrecha plataforma, cuyo contorno no excedía de 1300 metros, la nación hitita del interior le suministraba los géneros de exportación y le pedía las mercancías de Chipre, de Egipto y del Asia Menor. A su defensa natural el mar y los escollos, la ciudad añadía sus múltiples filas de barcos, ante las cuales las numerosas tropas de los conquistadores venidos del interior eran impotentes; fuentes de agua dulce que brotaban en el mismo puerto, en medio del agua salada, permitían a los marinos, en caso de sitio, prescindir de las aguadas del litoral. Pero los arrabales de tráfico y de depósito, las haciendas y las casas de campo, por falta de espacio, habían tenido que establecerse al otro lado del estrecho,

¹ Hantz Prutz, *Aus Phönizien*.

a lo largo de la orilla continental, dando así nacimiento a ciudades filiales que, en los períodos de riqueza y de población abundante, excedían en importancia la exigua roca de la ciudad madre y tendían naturalmente a vivir con independencia, mientras que en las épocas de perturbación habían de temer todos los azares de las guerras, de los sitios y de los asaltos, por ser esa parte de la costa precisamente una de las que se hallaban más expuestas a la violencia de la invasión conquistadora, porque las montañas se interrumpen allí al Este por una amplísima brecha por donde pasan los caminos que se dirigen hacia el valle medio del Oronte en el que se sucedieron las capitales del imperio. Allí era donde los Hititas poseían, hace 3500 años, la poderosa ciudad de Hamath, y también donde chocaron contra los ejércitos egipcios en las llanuras de Kadech. La escala marítima que hacía frente a esas ciudades había de sufrir el rechazo de esos conflictos, y en diferentes ocasiones los devastadores demolieron sus edificios. Quedaron, sin embargo, preciosísimos restos, entre ellos un templo en el que un estanque labrado en la roca conservaba el barco sagrado, el «arca» de salud, símbolo por excelencia de la riqueza de los Fenicios¹.

Más al Sud, y mejor situado aún que Arvad para la facilidad de comunicaciones entre las ricas campiñas del Oronte y el litoral mediterráneo, un estrecho saliente de la costa, prolongada a lo lejos hacia el Noroeste por un conjunto de islotes y de escollos, había recibido también sobre su terreno de verdura esplendorosa una ciudad de depósito y de comercio cuya historia nos muestra bajo un favorabilísimo aspecto el alto grado de prudencia política que habían alcanzado las comunidades fenicias. Las tres ciudades comerciales Arvad, Sidón y Tiro, se unieron de acuerdo para fundar y administrar a expensas comunes, la factoría que, en virtud de su origen, fué designada con el nombre de «Triple ciudad», el Trípolis de los Griegos, notable ejemplo de prudencia en el buen equilibrio de sus intereses, dado pocas veces por potencias rivales. Por otra parte, estaba tan bien escogido el emplazamiento de la triple factoría, que la ciudad, arruinada frecuentemente, se levantó siempre sobre sus

¹ Ernest Renan, *Mission de Phénicie*.